

TRIBUNA DE

LA VANGUARDIA

SIMETRÍAS

LA FIGURA DEL MAL

NO es la primera vez que lo hago observar, me parece. Todas, o casi todas, las tradiciones ético-religiosas conocidas, el Mal acostumbra a ser plásticamente representado bajo formas horrendas: monstruos de aspecto feroz y, sobre todo, tan «feos» como la imaginación del artista es capaz inventar. Un repaso a la iconografía popular o culta de cualquier zona del mundo lo certifica. Y, desde cierto punto de vista, resulta bastante lógico que ocurra así. Al fin y al cabo, la tendencia a identificar el Bien con la Belleza, también clásica en todas partes, obliga a una simetría total en la contrapartida. Los teólogos, los metafísicos en general, sólo manejan abstracciones, y las abstracciones no tienen «cara»: pueden establecer equivalentes a su gusto, sin preocuparse demasiado de las consecuencias. Pero el pintor o el escultor, durante siglos y siglos, desde quizá siempre hasta casi anteayer, debían traducir en signos claros, fáciles de entender, básicamente antropomórficos, aquellos conceptos, y presentarlos a las masas cándidas. No les quedaba otra opción: lo bello y lo feo se correspondían con el Bien y el Mal. Y le echaban fantasía al Mal, cuando les tocaba «representarlo» sobre algún lienzo, en una lámina, en el bulto de una figura de altar. El Diablo, los diablos, por definición, son «espantosos».

Mi información acerca del particular no me permite excesivas sutilezas en este terreno. Sospecho que hay excepciones. En determinadas mitologías, por ejemplo, el Demonio, o, mejor en plural, los demonios, según tengo entendido, no siempre ejercen un papel resueltamente siniestro, y, por el contrario, hay dioses cuya pinta tampoco era necesario que fuese «bella». Priapo, Baco y no pocos demiurgos que la civilización greco-romana adoraba a su modo, suelen ser —tal como los vemos, supervivientes, en los museos— de estampa grotesca. No sé. Son mu-

chas las religiones en las que el Bien y el Mal poseen una confusa consideración, e incluso se entremezclan, y entre la veneración y el conjuro la liturgia da pie a extrañas interferencias. No es éste el caso del cristianismo, una vez superada la iconofobia judaica de sus orígenes. Entre nosotros, los bautizados, la grafía del Bien y del Mal acabó cuajando de manera rotunda, y no sin anécdotas poco honorables. Cuando las artes plásticas decidieron copiar la realidad sensible, ¿cómo las «encarnaciones» supremas del Bien no iban a ser «bellas»? Las «madonas» renacentistas, de rostros tan encantadores, fueron «copiadas» de señoritas indiscutiblemente hermosas pero de dudosa reputación moral. Esto es archisabido. Y los cristos y los sansebastianes se acercaron al modelo pagano de Apolo...

¿El Diablo? Curiosamente, los cristianos procuraron olvidar que, en definitiva, el Diablo perteneció a la categoría del Ángel: es, en términos técnicos, el Ángel Caído. Uno de sus nombres —uno de sus innumerables nombres, pero el primero— es Luzbel. Por lo menos, lo es en castellano, y con una etimología diáfana: «luz bella». Su pecado fue el orgullo: la rebelión jactanciosa. Sus tentaciones, luego, a la primera pareja humana, en la versión del Génesis, van por el mismo lado: «Seréis como dioses». ¿Y a quién no le gustaría ser «dios»? Debemos ser indulgentes con Adán y Eva. La Iglesia les sacó del Limbo, si no es que fue de los mismísimos infiernos, a través del misterio de la Redención: «o felix culpa!», cantaban en gregoriano los clérigos preconciarios. El «pecado original» nos valió la encarnación del Hijo y los beneficios de su inmortalidad.

Eso a un lado, hay que ponerse en el lugar de los neanderthales del Pentateuco: la ilusión de ser «como dioses», repito, tuvo que hacerles gracia. Todavía nos dura la propensión. Tal vez

eso sea, de veras, el «pecado original», que las aguas bautismales no acaban de borrar. Los doctrinarios de la ortodoxia han acusado al «hombre moderno» de unas veleidades de «endiosamiento» —de sustituirse a Dios— por lo demás muy evidentes. ¿No estará, detrás, eterna, la Serpiente-Demonio de los Comienzos?

Ya fue todo un hallazgo del autor de Génesis el convertir al Demonio en reptil. Más tarde, la cosa se complicó, y los demonios, ángeles caídos, se convirtieron en contra-ángeles. Y si en la corte celestial los ángeles, los arcángeles, los querubines, eran radiantes y hermosos, en el área infernal sus homólogos castigados adquirían una fisonomía horripilante. Los que han visto al Diablo —Joan Ponç me contó, meses atrás, que le había visto, aunque no le di ocasión de proporcionarme los detalles del encuentro— suelen confesar que es «feo». Todo lo diabólico es feo: volvemos a los axiomas. Lo es el Mal. En nuestro vocabulario de cada día, el adjetivo «feo» sirve para designar lo «inmoral»: una «acción fea», unas «palabras feas», una «cosa fea». Libros, púlpitos y confesionarios trabajaron energicamente en ese sentido. Y el Bosco, ese glorioso pincel, sincero o hipócrita —nunca lo sabremos—, cuando pintó diablos, y pintó endiablada diablada, hizo virguerías en sus tablas apologeticas. San Antonio tuvo unas tentaciones, en la «explicación» del Bosco, espeluznante. De hecho, no podían ser «tentaciones». Las verdaderas tentaciones de este anacoreta tuvieron que ser otras: más parecidas a las ilustraciones del «Playboy», de «Lui», o de cualquier otra revista de nalgas y pechugas, o, si se quiere, más parecidas a las páginas económicas de todos los periódicos, porque no toda concupiscencia es de la «carne».

La experiencia demuestra que el Mal, en la realidad, adopta «formas» halagüeñas. Si no fue-

se así, todos seríamos santos. Digan lo que digan los moralistas, el Mal, domésticamente, se presenta en fórmulas agradables: la gula, la lujuria, la pereza, la propia avaricia, a veces... Y la ira, para los sádicos. Y la envidia, que cuadra a los masoquistas. Y la soberbia, tan grácil... Si el Mal no tuviese «gancho», insisto, todo el mundo sería «virtuoso». La contradicción «plástica», finalmente, no dio resultado. Los diablos facinerosos venían «vencidos» por las apariencias joviales: no han dejado aún de ser superados por las delicias de la vida terrenal. El Mal es atractivo: no es «feo». Mr. Stevenson hizo del doctor Jekyll un victoriano apacible, y de Mr. Hyde una bestia. El idiota de Oscar Wilde montó la fábula de Dorian Grey sobre idénticos supuestos: el pecado deteriora al pecador. Lo cual es cierto, por lo demás: vivir es un desgaste continuo. Pero ¿por qué esa acongojante perspectiva del Mal «feo», cuando no lo es? Si rebajamos la dignidad del concepto, y el Mal pasa a ser «mal», con minúscula, el planteamiento consigue una nueva veracidad: se refiere a la salud individual. Hoy vemos que mucha gente es «virtuosa» por el empeño de guardar la «línea» —evitar la obesidad—, conservar ágiles sus arterias, y alargar su cupo de vida. Unos no beben por el hígado, otros no fuman por el cáncer, y otros no fornican... Bueno: dejemos esto último para otro día. El Bien y el Mal están ahí, al parecer. Pero ni el Bien es tan seductor ni el Mal es tan oprobioso. La industria, el comercio y la navegación —y la misma agricultura— descansan sobre estos equívocos...

Joan FUSTER

CAPRICHOS

LA LIGA AZUL Y EL COLLAR DE ORO

CREO inútil recordar a mis lectores que 1975 es el año oficialmente dedicado a la mujer. Pero si útil recordarles —y recomendarles— no echen en saco roto que, desde Eva, al menos en el mundo civilizado, la mujer se ha ido dedicando, sutil y a la chita callando, cada año. Dedicación, si no exenta de cierto abuso, resueltamente encantadora, al menos a mi juicio y a mi punto en boca y a mi voto a favor. Y siempre pensando yo (sin erotismo acentuado, y éste rebozado en más romanticismo lírico que en apremio materialista) que la mujer vale no sólo la pena, sino la gloria y hasta la muerte.

El antecedente preámbulo viene a cuento de que pretendo reavivar el recuerdo, tanto a los sabios como a los ignorantes, de dos hechos históricos en verdad admirables: que las dos órdenes caballerescas, más que de Caballería épica, y las dos medievales, más ilustres de Europa, la Jarretiera y el Toisón de Oro, deben su fundación a dos hermosísimas mujeres, reinas las dos, pero «de la mano zurda»: la condesa de Salisbury y María de Cambruge. ¿Causas de estas galantes exaltaciones complicadas con el más alto honor a que pueden aspirar los varones, aun los menos galantes y reprochadores de la mínima galantería? Pues que a la hermosísima amante Eduardo III, el monarca medieval más insigne de Inglaterra, en el momento más solemne de un baile palatino, se le soltase el lazo azul de una de sus ligas; y a que la no menos hermosísima amante del Felipe III de Borgoña tuviese una fascinante cabellera de ese rojo veneciano que se convierte en aureola de fuego.

Como los ingleses, aun los medievales, siempre fueron muy serios en sus cosas, apenas fue fundada la Jarretiera, la acataron, la codiciaron y se libraron muy mucho de ponerla pegas o dudas, distingos o jocosidades de poca estofa. Acatación perfecta por los siglos de los siglos. Amén. Pero quiero, brevemente, precisar a mis lectores cómo fue y cómo quedó consagrada «la cosa».

La condesa de Salisbury en verdad no se hizo célebre por su hermosura (que las mujeres despanpanantes siempre las hubo e inclusive al alcance de cuantos no fueron reyes, si en el juego de la Vida cantaban a tiempo el lazo azul de su liga. En 1345 o en 1349 (que en fechas jamás se ponen de acuerdo los eruditos) se celebró un fastuoso baile en el Palacio de Windsor. Bailaba el monarca con la condesa, y muy a gusto y repecho de los dos, cuando a ésta se le deslizó el cenjill o liga de la pierna izquierda. El rey la recogió inmediatamente; pero advirtió el estupor de los cortesanos y algunas sonrisas maliciosas, y se apresuró a arritarse y a decir en tono solemne y retador: «Honni soit qui mal y pense»

(¡Infame sea quien piense mal de esto!) Dicho que demuestra algo admirable: que el idioma francés ya por entonces era el gran e invencible método de comunicación europea. Se me olvidaba decir que el rey, luego de solemnizar el apuro galante, añadió: «Y juro que algunos de cuantos se han reído de la liga de la condesa, se considerarán muy dichosos de ostentar una semejanza en semejante parte de su anatomía». El 20 de junio bien de 1345 o bien de 1349 quedó instituida la Orden de la Jarretiera; la cual, en efecto, fue codiciada por todos los nobles y... lo sigue siendo. Sus insignias son una liga azul colocada en la pierna izquierda, y al pecho un sol esmaltado, que lleva como leyenda (la ya inclusive nacional inglesa) de las palabras eduardinas: «Honni soit qui mal y pense».

Pero no ha tenido igual suerte la Orden del Toisón de Oro, tanto en la fijación de su fundamento como en la dogmática de su esencialidad. Y paso a demostrarlo con brevedad y aseo. El más lírico y seductor motivo de su Institución fue el ya mencionado: el que don Felipe III «el Bueno», de Borgoña en España, en la catoliquísima España, jamás se hubiese tolerado que pasara a la Historia grande, ni a la chica, con el calificativo de «Bueno» monarca alguno que hubiese vivido amancebado con una dama cortesana, por muy dama o muy cortesana que fuese. Me permito recordar los epítetos con que ha obsequiado nuestra severísima Historia a monarcas como don Alfonso XI, gran conquistador y legislador, amador fidelísimo de una hembra tan de rechupete como doña Leonor de Guzmán, la más guapa del Reino según dictamen general, viuda riquísima y de noble estirpe, y raíz deliciosa de los turbulentos Trastámara; o como don Pedro I, hijo de aquel bravo y altivo monarca, enamorado para siempre, obsesivamente, de otra nobilísima dama, doña María de Padilla, sevillana de las de por la gracia de Dios en copia pipopo, hembra humanísima y cuajada en virtudes hogareñas).

Y como el inciso ejemplario ha sido largo, vuelvo a referirme a don Felipe III «el Bueno», de Borgoña, fundador de la Orden del Toisón de Oro por motivos ya muy controvertidos. A los eruditos eclesiásticos y laicos no les pareció de recibo serio que fuera causa de su fundación la cabellera roja veneciana, flama deslumbrante de María de Cambruge. Y lógicamente encaminaron sus investigaciones por caminos de la honestidad para dar con más honesta causa: el 10 de enero de 1429, don Felipe III «el Bueno», instituyó la Orden del Toisón de Oro para conmemorar su matrimonio con la feucha doña Isabel, piadosa hija del rey don Juan I de Portugal. A los imaginativos, a los ligeramente líricos —que también los hay entre los eruditos— no les plació esta causa «tan sosa». Los helenistas decidieron que el Toisón de Oro recordaba la famosa expedición a

la Cólquida de los audaces argonautas capitaneados por Jasón, en busca de la piel de carnero que se decía estaba colgada de un árbol de hoja perenne y defendida por un espantable dragón... y por los más irresistibles hechizos de la «hechicera» (en todas las acepciones del vocablo) Medea, patéticamente enamorada de Jasón a quien «le puso en bandeja» el alcance de la famosa piel enlanada en oro.

Los hebraístas buscaron la solución que les fuera más propinqua, y votaron por origen bíblico del Toisón: la conmemoración del vellocio (lana de oveja o de carnero) que sacrificó a Jehová el caudillo Gedeón para celebrar su triunfo sobre los madianitas. Los precusores de nuestros pimpantes economistas de hoy mismo votaron por que el Toisón significase el recuerdo de las famosas lanas de Flandes, «clave económica» de la política inglesa en el continente, según la teoría de Thorald Rogers.

Pero como yo no soy helenista, ni hebraísta, ni economista, sino sencillo escritor con muchas puntas y encajes de poeta, y no pocas camándulas de varón añudo, rechazo, como fundamento de la Institución del Toisón de Oro, cualquier teoría que no sea la más antigua y fascinante de ellas: la cabellera fogosa veneciana de la hermosísima María de Cambruge, tan honorable, que su pasión no motivó que su real amante Felipe III perdiese el calificativo de «Bueno».

Como notas curiosas añadiré que nuestro emperador Carlos I consiguió que el maestrazgo de la Orden quedara vinculado a la Corona de España, confirmando más tarde su decisión los Pontífices Gregorio XVI, en 1574, y Clemente VIII, en 1600. Pero... como los Borbones se sentaron en el trono español en 1700, los emperadores de la Casa de Austria, rama alemana, se creyeron con derecho a recobrar el maestrazgo del Toisón. Y como los Borbones no renunciaron a él, el Toisón fue concedido «a dos bandas». ¡Lamentable dualidad tan tisonera como toisonera! Y menos mal que finiquitó la dualidad al consolidarse la unidad del imperio alemán en la dinastía Hohenzollern prusiana.

Sin embargo, ahí están los ingleses, erre que erre, con su Jarretiera «a una banda» y sin martingalas heterodoxas. Y que nadie crea que yo por halagar a la mujer en este año oficialmente dedicado a ella voto, y seguiré votando mientras aliente, por la «liga azul» deslizada del muslo izquierdo de la condesa de Salisbury y por la cabellera flama veneciana de María de Cambruge.

Federico Carlos SAINZ DE ROBLES

COMPRO

RELOJES SOBREMESA
ANTIGUOS

Con figuras madera o metal C/S sonería

ESCULTURAS - BUSTOS

Mármol, bronce, terracota, etcétera

Sólo compro a particulares para mi colección. Comerciantes abstenerse. Seriedad absoluta. Visitaré a domicilio o devolveré carcas con no interesen. Escribir dando detalles y su teléfono a:

Relojería ORFI. Apartado Correos, n.º 23.154. Barcelona

REFORMA PISOS

Cocina. Baños. Locales
Facilidades de pago
36 meses

Depasa

Entenza, 101. Teléf. 243-38-00

PAVIMENTOS

Cerámico-artísticos, desde 200 pts. m2.
Azulejos decorados 2,50 pts. pieza.
Plaquea decorado fachadas, 225 pts. m2.
Azulejos, 1 pts. unidad. MARVEN
Travesera de Las Cortes, 188 esquina
Carlos III, Barcelona, o en Avenida Barce-
lona, 34. Santa Perpetua de Moguda

PINTE AL OLEO!



cuadros de bodegones, paisaje y figura por un método revolucionario que desarrollará en su domicilio, sin saber dibujar y con la ayuda de Profesores titulados.

LAS 100 PRIMERAS SOLICITUDES A LA MITAD DE SU PRECIO.

Enseñanza a distancia autorizada con el n.º 142 por el Ministerio de Educación y Ciencia.
GRATIS recibirá la más completa información si nos manda este cupón.

ART E C Apartado 1622 BARCELONA	
D. _____	
Calle _____ n.º _____	VA-21-9-75
Población _____	
Provincia _____	
desea informes gratis sobre Oleo	

OTROS CURSOS: DIBUJO - ESCULTURA - ROTULACION - BELLEZA PUBLICIDAD - TECNICA DE LA ACUARELA (tache lo que NO interese).